

SELECCION
FILMS DE
AMOR

IMITACION DE LA VIDA

CLAUDETTE COLBERT
WARREN WILLIAM

50
cts



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL NUEVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Falsesola, 234-Apartado 707-Tel. 70857-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agente de ventas: Sdad. Gral. Española de Librería, Barbard, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 48

Imitación de la vida

PRODUCCIÓN
UNIVERSAL

EXCLUSIVA

Hispano American
Films, S. A.

Calle de Mallorca, 220
BARCELONA

No es solo un conmovedor relato de un amor maternal llevado hasta al límite del sacrificio, sino también la verídica historia de una de tantas fortunas casi fabulosas, hechas a fuerza de reclamo con algún producto (en este caso *pancakes*) de consumo general en los EE. UU. *Pancakes* son unas tortitas de harina que se comen con mantequilla y miel; algo así tan popular como la tortilla de maíz en México o los churros en España.

Narración literaria de
Augusto Arévalo

PRINCIPALES INTERPRETES

Beatriz Pullman . . .	Claudette Colbert
Esteban Archar . . .	Warren William
Jessi Pullman . . .	Rochelle Hudson
Elmer Smith. . . .	Ned Sparks
Dalila	Louise Beavers
Piola	Fredi Washington
si (niña)	Baby Jane

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

IMITACION DE LA VIDA

ARGUMENTO DE
DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

Cuando el marido de Beatriz Pullman tuvo la mala ocurrencia de morirse, dejándola como única herencia la pequeña Jessi, que entonces contaba escasamente dos años de edad, Beatriz no se arredró lo más mínimo. Su hijita era para ella el tesoro más preciado, y ya que la fatalidad la había puesto en el duro trance de tener que luchar por la vida de la pequeña y la suya propia, miraría de salir adelante fuese como fuese. Se hacía necesario defenderse y no era cosa de perderse en lamentaciones inútiles que nada solucionaban. Era joven y bien dotada para el trabajo. De momento, y sólo para empezar, intentaría continuar, si era posible, con el pequeño negocio de su marido, consistente en vender miel por cuenta de una casa muy acreditada. No era mucho, pero por el momento podrían ir tirando y vivir modestamente, pero sin que nada le faltara a su pequeña.

Pero el Destino le tenía asignado un papel mucho más brillante en la comedia de la vida, que el de simple corredora de miel. Beatriz se había hecho acreedora a ella, por su bondad, por su carácter optimista y emprendedor y también por su espíritu recto y su moralidad intachable que la hacía buscar su sustento en el trabajo honrado, cuando con su belleza y su elegancia, innatas en ella, habría podido encontrar medios mucho más fáciles, aunque menos honrosos, de alcanzarla.

Hallábase una mañana Beatriz muy ocupada en sus quehaceres cotidianos, no escasos ni fáciles para una mujer que

tiene que atender a la vez a su hogar y a su negocio. Bañar a su hijita era uno de los placeres más dulces de la madre. La chiquilla chapoteaba en el agua alegremente, jugando con su pato de celuloide. Habría querido estarse toda la mañana en remojo, pero Beatriz no podía entretenerse, porque se le hacía tarde.

—Anda corazón, que llevo mucha prisa. Ya jugarás luego — intentaba convencerla la madre.

—¿*Pol* qué tienes prisa? — preguntaba la chiquilla en su media lengua adorable.

—Porque es tarde y tengo que vestirme, darte el desayuno y llevarte a la niñera.

—No *quiélo* ir con la niñera; *quiélo* quedarme contigo.

—Ojalá fuera posible, pero tengo que salir a vender miel para que podamos comer.

—No *quiélo* ir con la niñera... María me tira de los *cabeyos*.

—¿Qué mala! Las niñas buenas no hacen eso.

—Pues yo sí lo hago.

—Las niñas que hacen eso no van al cielo.

—Pues yo no *quiélo* ir al cielo si es con la niñera — dijo la pequeña con adorable descaro.

En aquel momento llamaron al teléfono y Beatriz se dispuso a acudir a la llamada.

Era un cliente que quería hacer un pedido de miel muy importante.

Ya se disponía Beatriz a volver al lado de la pequeña, cuando sonó el timbre de la puerta.

Grande fué la sorpresa de Beatriz al encontrarse en presencia de una mujer negra, de mediana edad, pobremente vestida, pero limpia y aseada, que mirándola con sus grandes ojos interrogadores, le preguntó tímidamente:

—¿No es aquí que buscan una sirvienta?

Y ante el gesto de asombro de Beatriz...

—Leí este aviso en el periódico. Decía que querían una sirvienta trabajadora que supiera cocinar.

Beatriz leyó el papel que aquélla le tendía.

—La calle que usted busca queda al otro lado de la ciudad — aclaró.

—Tiene el mismo nombre que ésta, pero es una avenida.

—¿Qué ocurrencia dar a una calle y a una avenida el mismo nombre...! — refunfuñó la negrita.

En aquel momento se oyó la voz de la pequeña Jessi llamando a su madre.

—Tome el tranvía en la esquina — aconsejó Beatriz.

—Iremos andando — decidió la negra, resignadamente.

—¿Tan lejos?... Espere... — propuso Beatriz—. Voy a ver lo que quiere mi hijita.

Cuando regresó Beatriz para cerrar la puerta, en la creencia de que la negra, cansada de esperar inútilmente, se habría marchado, se sorprendió al ver que no sólo no lo había hecho, sino que se había introducido en la cocina, mangoneando en ella. Había sacado del fuego algo que al parecer empezaba a quemarse y parecía dispuesta a instalarse allí definitivamente.

Beatriz le agradeció su intervención amablemente.

—Gracias por su ayuda... y tome para el tranvía.

—¿Está usted segura de que no me necesita? — insistió la negrita—. Soy hacendosa y me gustan los niños. Me contentaría con poco... o con nada, con tal de tener un hogar para mi hijita.

A través de los cristales de la puerta de entrada apareció el rostro sonriente de una chiquilla.

—Es Piola, mi hija. No quiso entrar y se quedó afuera esperando. ¿Puedo ir a buscarla?

Desapareció por un momento, para volver a aparecer en seguida, llevando de la mano una niña de corta edad, tres o cuatro años a lo sumo, que miraba a Beatriz con ojos tímidos y asustados.

—¿Verdad que no parece hija mía? Su padre era casi blanco y por eso la muchacha tiene ese color tan bonito. Es muy modosita y obediente. Si usted me permitiera quedarme... ¡Piola y yo comemos tan poco! Trabajo no me faltaría si quisiera desprenderme de Piola, pero usted también es madre, señora...

Beatriz permaneció dudosa unos instantes, sólo unos instantes, porque en seguida triunfó su natural bondadoso sobre su egoísmo.

—Bueno, probaremos...

Lo peor que podía sucederles era que tuviesen que ayunar algún día todas juntas...

Poco se imaginaba Beatriz que aquel *rasgo* espontáneo de generosidad iba a reportarle la felicidad y la fortuna.

Dalila, que este era el nombre de la negra, era una cocinera excelente, sobre todo en el sentido de que sabía preparar unos guisos sabrosísimos con muy poco dinero, pero en lo que no tenía rival, era en la confección de unas riquísimas tortitas a base de una mezcla misteriosa de harina y otros ingredientes, según ella, un secreto de familia que no quería revelar a nadie, pero que resultaban excelentes.

No quería revelarlo a nadie, en efecto, pero al primer día de confeccionarlos, ante las preguntas apremiantes de su dueña consintió en revelárselo, pero al oído y bajo promesa del silencio más absoluto.

Beatriz al oírla abrió sus grandes y hermosos ojos con expresión de asombro infinito. ¿Con aquella substancia tan sencilla y sobre todo, tan barata podían elaborarse aquellas tortas tan sabrosas, que le hacían a uno chuparse los dedos de puro gusto? Una idea germinó en su mente. ¿Por qué no intentar un negocio, poniendo a la venta aquellas tortitas untadas previamente con miel para que resultaran aún más sabrosas?

Beatriz era una mujer enérgica y decidida. La carencia absoluta de la primera materia casi indispensable para iniciar un negocio, el dinero, lejos de amilanarla, le sirvió de estímulo. ¿No habían empezado así los Ford, los Rockefeller y tantos otros, magnates hoy día de la industria y el comercio americanoss?...

En menos de dos meses había organizado su pequeño negocio ¡y sin desembolsar ni un solo céntimo!

Cerca de su casa había un local destartado que el dueño no lograba alquilar a nadie... Beatriz fué a entrevistarse con él y después de infinitas discusiones y regateos llegaron a un acuerdo. A cambio de no pagar ni un solo céntimo de alquiler durante dos meses, ella se comprometía a reformarlo, dejándolo como nuevo.

Llamó luego a carpinteros, ebanistas, y albañiles y, previa una degustación gratuita de las tortas de marras, les expuso el plan de su gran negocio, advirtiéndoles de antemano con aquellas vivacidad suya y aquel entusiasmo contagioso, que no podría pagarles de momento proponiéndoles el arreglo gra-

tuito de la tienda, es decir gratuito no porque, según ella, antes de dos meses podría pagarles con creces...

Aunque pudiera parecer inverosímil, todos, absolutamente todos, acabaron aceptando las propocisiones de Beatriz, y fiándole todo lo que quiso, muebles, sillas, lámparas. Sería el entusiasmo y la elocuencia que empleó para hablarles junto con su expresión decidida, o tal vez, su simpatía irresistible, pero es lo cierto que si algunos se mostraron un poco rehacios en principio, todos acabaron por ceder sin garantías de ninguna clase.

Los clientes empezaron a llover como una bendición, y las dos mujeres se veían *negras* para atender a los compradores. En tres meses habían conseguido pagar todas sus deudas y aun hacer algunos pequeños ahorrillos.

En cuanto a Jessi, la hija de Beatriz, y Piola la pequeña de Dalila, se habían hecho las mejores amigas del mundo. Se pasaban el día juntas, jugando, peleándose y reconciliándose cada cinco minutos, bajo la mirada vigilante y benévola de ambas madres.

Beatriz había hecho pintar un gran cartel en el que podía verse a Dalila sonriente, enseñando sus blancos dientes, y debajo un gran letrero que decía así:

PANCAKES DE LA TIA DALILA

Aquel cartel iba a hacerse tan popular como las mismas tortitas, y como decía Beatriz: "Iba a inmortalizarla"...

La buena de Dalila habría sido enteramente feliz si no hubiera habido en su vida una pequeña nube que iba agrandándose poco a poco. La pequeña Piola, la chiquilla adorada, por la que su madre habría dado gustosamente su vida entera, empezaba a mostrar una aversión extraña hacia el color de su piel, porque ya hemos dicho que no era negra, sino morena bronceada y no del color de la piel de su madre. Si alguna vez se oía llamar negrita, empezaba a gritar desafortadamente, deshecha en llanto.

—¡Yo no soy negrita! No quiero serlo. Jessi me llamó negrita.

Y revolviéndose contra su madre, un día le dijo:

—Estoy avergonzada de ti.

—Lo ha querido el Señor y... no me atrevo a echarle la culpa a Él — solía decir resignadamente la madre, como disculpándose de que el color de su piel fuera distinto del de los que la rodeaban.

De haber vivido en otro país en donde el odio de razas no fuera uno de los prejuicios más arraigados como sucede en los Estados Unidos, Piola no habría tenido motivo de avergonzarse del color de la piel de su madre y no habría visto de una manera tan cruel y descarnada el terrible abismo que la separaba de los demás seres a quienes Dios había concedido la gracia de un color de piel menos despreciable... Pero el ambiente en que había de desenvolverse su vida, aparte, claro está, en el hogar de Beatriz y junto a aquellos tres seres que la querían entrañablemente, no era el más propicio para desvanecer aquel sentimiento obscuro que iba tomando cuerpo en ella atormentándola... En el colegio, en la calle, tenía siempre que pasar por la humillación de oírse llamar negra, negra.

Un día, que estaba lloviendo a cántaros, Beatriz, atareada en el interior de la tienda se fijó en un hombre joven y no mal parecido, pero vestido muy pobremente y con cara de hambre, que había ido a guarecerse en el portal. El joven no tardó en fijarse en aquellas tortas que a través de los cristales se ofrecían tentadoras a su apetito insaciado. Beatriz conmovida al ver el aspecto desastrado del joven que contrastaba grandemente con la expresión de su mirada viva e inteligente le invitó a pasar cortésmente.

—No puedo hacer gasto — fué la respuesta.

—Entre. Yo le invito — contestó la joven.

En menos de un segundo, el desconocido había devorado las tortas que aquélla le ofreciera.

—¿Que si son sabrosas? ¡No recuerdo haberlas comido igual en 20 años! — objetó, contestando a la pregunta de de Beatriz—. ¿Qué les pone usted?

Y viendo que ésta hacía un gesto expresando que no podía hablar, terminó sonriendo:

—Es un secreto, ¿eh? Me lo temía. Y de pronto sonriendo con expresión enigmática, añadió:

—¿Estaría usted dispuesta a darme otra ración de esas tortitas por un consejo que vale millones?

Y como Beatriz la mirara con aire burlón e incrédulo, prosiguió:

—¿Conoce usted la historia de la "Coca-cola"? La Coca-cola se vendía a granel, hasta que un vivalés le dijo al fabricante que por cien dólares lo haría millonario con una sola palabra... ¿La conoce usted? ¡EMBOTELLARLA!

Y ahora le digo a usted... Su harina para las tortas podría usted ¡EMPAQUETARLA!

—¿Venderla en paquetes?

—Bueno, ¿recibo otra ración por el consejo? — interrogó el joven.

—Le doy las raciones que usted quiera, amén de un empleo — repuso Beatriz sonriendo.

Dalila, que había oído el diálogo, intentó oponerse, pero Beatriz se mostró esta vez inflexible. El desparpajo del joven le inspiraba una gran simpatía y además comprendía que lo que acababa de sugerirle era una idea acertadísima.

No tardó la misma Dalila en convencerse del acierto de Beatriz en aceptar los consejos del joven, junto con sus servicios. Elmer era un muchacho emprendedor y leal, que había pasado demasiado hambre en aquellos últimos tiempos para no consagrarse en cuerpo y alma al servicio de la única persona que le había tendido la mano en la desgracia. En un año habían ganado más de quince mil dólares y el siguiente prometía aún ser más productivo. Beatriz propuso entonces fundar una compañía anónima y reservar el veinte por ciento de las acciones para la fiel Dalila, a la que en realidad correspondía el triunfo del negocio.

Dalila no podía comprender todo aquello de Sociedad Anónima, Acciones, etc. Sólo le importaba la marcha del negocio y la salud de su hijita y su amita querida, sin excluir a la pequeña Jessi, a la que quería casi tanto como a su Piola.

—Será usted rica — trataba de explicarle Elmer. Podrá independizarse, tener casa propia...

—¿Para qué quiero yo casa propia? — contestaba Dalila invariablemente... ¿Es que la señorita Beatriz no me quiere ya más en su casa? ¿Cómo voy a cuidarla si me voy? Déjeme seguir aquí con Piola. Nadie le cocinará como yo, se lo aseguro.

—Tampoco yo quiero separarme de ti, Dalila, pero es que tienes lo bastante para ser independiente.

—Yo sólo quiero estar con usted. Mi dinero póngalo en el Banco para pagarme un buen entierro. Eso es lo único que ambiciono.

Y como Dalila era tozuda y obstinada como pocas, nadie logró convencerla. Ella había nacido para servir a su amita y con su amita seguiría hasta el fin de su vida. En cuanto a su Piola, ¿en dónde mejor estaría que en aquella casa tan acogedora, roedada de seres que la querían y no consideraban el color de piel de su madre como una deshonra? Dalila habría dado el alma y la vida por su querida ama. No quería separarse de ella, no quería independizarse, no necesitaba dinero para nada, sólo pedía que la dejaran seguir su vida humilde y resignada junto a aquellos seres que eran para ella todo su mundo.

SEGUNDA PARTE

Han transcurrido quince años desde el día en que Beatriz vendió su primera torta al público. El negocio, no sólo ha prosperado, sino que se ha convertido en uno de los más fabulosos de aquel país de negocios casi inverosímiles para la mentalidad del europeo.

Quiere esto decir que Beatriz y los suyos se han hecho millonarios cien veces en aquella pequeña industria empezada tan pobremente y sin recursos pecuniarios. Beatriz se ha convertido en la reina de los *paucakes*, como le llaman algunos irónicamente, pero es lo cierto que todas las puertas se abren a su paso rindiendo pleitesía a su gran aliento a su gran autoridad de "Business woman" ¿y por qué no decirlo? A su gran belleza de mujer en la plenitud de su vida y a su elegancia sin rival entre todas las mujeres... Aristócrata de pies a cabeza, en su apariencia externa, en la elegancia y soltura con que sabe llevar los trajes de los modistos más afamados y sobre todo en la intachable moralidad de su vida privada, que es la mejor de las aristocracias y la única que debería tenerse en cuenta. En una palabra, Beatriz es en la actualidad la mujer más admirada, más ensalzada y más estimada por unos y a su vez la mujer más odiada, aborrecida y criticada por los envidiosos.

Treinta y dos millones de paquetes vendidos al mundo entero en un solo año es una buena efémeride para celebrar el décimoquinto aniversario de la fundación de la casa. El cartel anunciador de las renombradas tortas ha recorrido el mundo entero en viaje triunfante, pero la buena Dalila sigue siendo la misma, preparando sus platos favoritos, reina de su único feudo: la cocina, y sin querer oír nada de cuentas

corrientes, acciones, sociedades anónimas ni todas esas cosas.

Piola es ahora una jovencita bella y atractiva, y quien no conociera a su madre podría tomarla fácilmente por una mujer blanca, de cutis moreno bronceado, este color precisamente tan codiciado por las elegantes de las playas de moda y que tan difícil y a veces costoso resulta de adquirir.

Pero aquel sentimiento de horror y repugnancia hacia su propia raza, que no puede negar, porque corre por sus venas y está adherida a su sangre, tan roja como la de su enemigo de raza, el blanco, ha llegado a adquirir proporciones aterradoras, convirtiéndose en su obsesión única y en un tormento que le envenena la sangre lentamente, que la hace vivir en un perpetuo horror de sí misma y lo que es peor, en un odio reconcentrado hacia la madre que le dió el ser precisamente por eso, porque la trajo al mundo con el estigma de su raza. Ha intentado vanamente curarse, corresponder a aquel sentimiento entrañable de amor maternal que la pobre Dalila siente hacia su única hija, el sol de su vida, la razón de su existencia, pero todos sus esfuerzos se han estrellado contra aquel error y aquella aberración más fuertes que ella misma.

En cuanto a Jessie, su madre ha tenido el acierto de llevarla a un pensionado para jovencitas, a fin de que adquiriera todos los conocimientos indispensables a una joven destinada a brillar en sociedad en un plano relevante. Beatriz está orgullosa de su hija, de la que le ha costado un esfuerzo enorme separarse, orgullosa de la belleza de la joven que promete igualar a la de su madre, aun siendo de una naturaleza completamente distinta, orgullosa también de su inteligencia y de su bondad y más orgullosa aún de haberla formado espiritualmente a su imagen y semejanza, tomando por su cuenta la educación moral de la joven hasta su ingreso en el pensionado.

En el suntuoso palacete de Beatriz, embellecido con todos los refinamientos que el dinero y el buen gusto pueden proporcionar, se celebra aquella noche una fiesta tan suntuosa y elegante, como todas las que su admirable dueña acostumbra a organizar. Es el décimoquinto aniversario de la fundación del negocio, y hay que echar la casa por la ventana, como vulgarmente se dice. Elmer Smith, aquel desconocido que el Destino trajera un día a la puerta de la tienda en donde Bea-

triz había pasado los años más felices de la primera etapa de su vida de mujer de negocios, ha llegado no sólo a ser el mentor y consejero de Beatriz en lo concerniente al negocio, sino también a ocupar el puesto privilegiado: de amigo íntimo de la casa. En efecto, una amistad sincera, desprovista por completo de otro sentimiento menos puro, une aquellos dos seres que juntos han visto crecer y desarrollarse uno de los negocios fantásticos que registra la historia comercial de los Estados Unidos. Elmer se aburre mortalmente en aquella fiesta, y, a fin de substraerse a ella, ha ido a refugiarse en uno de los rincones más escondidos de la casa, y esta circunstancia le ha impedido apercebirse de la llegada de su gran amigo Esteban Archer, a quien sólo a fuerza de ruegos y elocuencia ha logrado convencer de que asista a aquella fiesta.

En efecto, el recién llegado, sin ser lo que se llama un misántropo, vivía encerrado en la torre de marfil de sus ensueños, consagrado por entero a su profesión de ictiólogo. A bordo de su magnífico "yatch" había cruzado todos los mares en busca de especies raras de peces, a cuyo estudio se dedicaba; y para él un viaje alrededor del mundo tenía mucha más importancia que todas las fiestas terrestres, con música y mujeres, por suntuosas que éstas fuesen.

Pronto terminarían para él todos aquellos compromisos que le acechaban a cada paso mientras permanecía en tierra. Tenía planeado un viaje a tierras exóticas, en donde no fuera conocido de nadie, y en donde pudiera llevar una vida primitiva hasta que se cansara de ella y deseara volver a la civilización.

Antes de encaminarse a casa de Beatriz, había estado de tertulia con unos amigos, charlando y bebiendo; esto último quizás demasiado abundantemente. Esta circunstancia fué, tal vez, la que al llegar a la puerta del palacete, habitado por la *reina de los pancakes*, hizo que tuviese cierta dificultad en encontrar el timbre.

Ya estaba casi decidido a retirarse en vista de lo inútil del empeño, cuando una bella mujer que acababa de asomarse a uno de los grandes ventanales que había junto a la puerta, le preguntó amablemente:

—¿Busca usted algo?

—Sí, señora; el timbre. ¿Se puede saber dónde lo tienen escondido?

La mujer hizo un ademán con la mano, indicando que se esperase, y un momento más tarde, ella misma en persona, apareció en el umbral, sonriente, invitándole a entrar.

Alta, morena, elegantísima, y sobre todo, poseedora de una sonrisa irresistible. Le bastó a Esteban observar unos instantes a la recién llegada para convencerse de que poseía, además, algo que no se adquiere fácilmente y que resulta a veces aún más atractivo que la misma belleza: una simpatía irresistible.

En aquel momento la orquesta atacaba un vals, y Esteban invitó a la desconocida.

—¡Y pensar que vine aquí a la fuerza! — no cesaba de repetirse contemplando con arrobo a su pareja.

Empezaron a hablar y entonces Esteban le confesó que había venido invitado por Elmer Smith.

—Lo conoce usted — le preguntó.

—¿Que si lo conozco? — repuso su gentil interlocutora sonriendo con su adorable sonrisa. Es un gran amigo mío.

—Se empeñó en traerme aquí para presentarme nada menos que a la *reina de los pancakes*. Hablando en confianza, estas mujeres de negocios me aterrorizan. Usted que la conoce, dígame con franqueza, ¿qué tal es?

—Su Elmer podría informarle mejor — se limitó a contestar la desconocida.

—¡Oh!, según él, es un dechado de perfecciones, pero, ¿qué quiere usted que diga el bueno de Elmer con un sueldo de cincuenta mil dólares anuales? No le queda otro recurso que ponerla por las nubes, aunque sea por agradecimiento.

Terminado el baile Esteban se encaminó al encuentro de Elmer y no tardó en dar con él. Quería que éste le informase sobre la personalidad de la desconocida que se había limitado a sonreírse sin contestar a sus preguntas apremiantes, cuando él le había preguntado quién era, cómo se llamaba, de dónde venía, qué pensaba hacer aquella noche al salir de la fiesta, por qué tenía aquellos ojos tan grandes, y por qué se sonreía de aquella manera tan adorable.

—Llevo dos horas buscándote, y tú escondido para poder beber más.

—Embustero — repuso su amigo —; llegas cuando es la hora de irte. Ven quiero presentarte a la reina de los pancakes, la bellísima dueña de este palacio.

—No, no, ahora estoy muy ocupado — repuso Esteban, que se disponía a reunirse de nuevo con la hermosa desconocida—. Prefiero que me presentes otra mujer con la que he bailado hace unos momentos. ¡Chico, qué mujer! Me dijo que te conocía. Es un ser adorable. Quiero que me dejes con ella. No tengo el menor interés en que me presentes a Beatriz Pullman. Que espere si quiere. En todo caso, un momento antes de irme puedo pasar a saludarla.

—Pero Esteban...

—No me digas que no. Tiene que venir conmigo.

—¡Ah!, no, no; yo te presento ahora mismo a Beatriz Pullman. ¿Por qué crees que te he traído a esta fiesta? ¿Para que te vayas detrás de las primeras faldas que se te crucen en el camino?

Grande fué el estupor, y ¿por qué no decirlo?, la vergüenza de Esteban, al comprobar que la reina de los pancakes y su desconocida eran una misma persona. ¡Y él que había hablado tan a la ligera y con tanta ironía de ella!

—He metido la pata — se dijo para sí. Y luego en voz alta:

—Señora, estoy consternado; no sé cómo excusarme. Elmer tuvo la culpa, por no haber salido a recibirme antes que usted.. Estoy hecho un salvaje señora... Resultado de ocho meses caminando por el fondo del mar, entre mariscos y peces.

—¿Qué quiere decir con eso? — interrogó Beatriz.

—No le extrañe. Está usted tratando con un ictiólogo.

Y ante el gesto de sorpresa de su interlocutora:

—Así llaman a los desdichados que estudian los peces. Por eso en sociedad me porto como una ostra.

Beatriz rió con toda su alma. Aquel caballero le resultaba altamente simpático. Ni por un momento había pensado en ofenderse por la ironía empleada por éste para hablar de ella antes de conocerla. Aquel *ictiólogo* (Dios mío que nombre tan difícil) no había hecho más que corroborar la opinión de muchos otros, que no conociéndola personalmente, no tenían el deber de creer que una mujer de negocios pudiera a su vez ser una gran señora de sociedad, elegante y refinada. Una vez hechas las presentaciones, Esteban se sentía dispuesto a

afirmar que la *reina de los pancakes* era la mujer más encantadora que le había sido dable conocer. Roto el hielo, empezaron a hablar animadamente y a la hora de retirarse los invitados los dos habrían deseado que aquella velada se prolongase indefinidamente.

—¡Qué encanto de mujer! — iba repitiendo Esteban a su amigo—. Si vieras, Elmer, cómo te envidio. Tú la ves todos los días, estás a su lado. Oye, ¿no necesitas un meritório?

—Quiero mucho a Elmer — explicaba Beatriz a Esteban. Ha sido un padre para Jessi, mi hijita, ¿sabe? La tengo en un colegio, está hecha una mujercita encantadora.

—Encantadora como usted.

—Encantadora o no, para mí lo es todo en el mundo.

—Lo comprendo.

Era hora de irse ya. Era imposible prolongar la entrevista. Beatriz se lo dió a entender delicadamente.

—¿Me echa usted? — respondió Esteban.

—Mañana tengo mucho que hacer — se excusó Beatriz.

—Me iré... pero con dos condiciones — repuso Esteban apremiante—. Que mañana almuerce conmigo.

—No sé, no sé si podré... — intentó protestar ella.

—Resturant Pierre; a las doce en punto — continuó aquél sin hacer el menor caso—. Y ahora... dije dos condiciones...

Antes de que Beatriz pudiera darse cuenta de ello la había cogido por la cintura y atrayéndola hacia sí, la besó en la boca largamente.

—¿Estoy perdonado? — murmuró suplicante cuando se deshizo del abrazo. Diga usted que sí. No sea usted cruel conmigo.

Beatriz no habría podido ofenderse, aunque lo hubiese querido. Esteban Archer no tenía el aspecto de un don Juan profesional ni mucho menos. Aquel entusiasmo que desde el primer momento había empezado a demostrarle y que a decir verdad ella no estaba muy lejos de compartir, era espontáneo y sincero y si había cometido una incorrección al besarla, lo habría hecho obrando a impulsos de un deseo irresistible.

Desde aquel día, los *pancakes* dejaron de ser para Beatriz una de sus mayores preocupaciones, así como todas las especies de peces raros que hasta entonces habían sido la preocupación única del ictiólogo fueron cruelmente olvidados. Esteban



— ¡Anda, corazón, que llevo mucha prisa! ¡Ya jugarás luego!



Después de infinitas discusiones y regateos llegaron a un acuerdo



- Entre, yo le invito.



- Es usted una mujer encantadora.



- Es mi hija Jessi.



- Quiero que te diviertas mucho durante estas vacaciones.





—Jessi, es usted una chiquilla.



—No llores, Dalila. Piola, volverá

no era ya un chiquillo. Tenía treinta y ocho años y a esta edad un hombre puede decir de una mujer, que es la gran pasión de su vida, sin temor a equivocarse.

Los dos se compenetraron tanto, se comprendían tan bien, que, aparte la atracción física que les empujaba fatalmente el uno hacia el otro, Beatriz comprendía que en su unión serían completamente felices. Le faltaba a Esteban decir la palabra definitiva, pero ésta no había de tardar en pronunciarla.

Un día le habló éste de un viaje que tenía proyectado:

—Allá abajo está mi yate esperando para llevarme bajo unos cielos tropicales, de azul indescriptible, donde las estrellas parecen estar al alcance de la mano. A usted le convendría ir allí una temporada. Ni teléfonos, ni transacciones mercantiles. Los únicos mercaderes son los tiburones, y pasan de largo. Es un paraíso. Es decir, podría serlo, si usted me acompaña, si usted me quisiera, en una palabra. Beatriz, estoy loco por usted. ¿Quiere casarse conmigo?

—Yo también te quiero, Esteban. Te quiero desde el primer instante que te vi y me hablaste de la reina de los pancakes.

—¿Entonces accedes a casarte conmigo?

—Con toda mi alma. Pero oye, me olvidaba de Jessi. Está por llegar de vacaciones. Debemos aplazar el viaje de momento. Esperemos a que venga y no le digamos nada de momento. Primero quiero que aprenda a quererte. Sería una sorpresa demasiado fuerte para ella.

—Lo comprendo — aceptó Esteban—. Procuraré ser tan bueno con Jessi, que ella misma acabará por pedir que nos casemos.

Grande fué la sorpresa de Esteban al encontrarse, pocos días después, frente a la hija de su amada y poder comprobar que era toda una mujercita. El la creía todavía una niña. ¡Su misma madre le parecía una chiquilla muchas veces!

—¡Pobre de mí! Me hace sentir vieja — dijo Beatriz sonriendo. Y aparte a Esteban:

—Voy a olvidarme del negocio mientras esté aquí. Sus vacaciones van a ser muy cortas y quiero que las disfrute plenamente. La llevaremos a todas partes... pero no nos tuteemos ante ella, ¿quieres?

Beatriz se sentía la mujer más feliz de la tierra. Todo parecía sonreírle. Era rica, tenía la satisfacción de haber ganado

esta riqueza por su propio esfuerzo, amaba, y a su vez era intensamente amada por un hombre digno, tenía una hija joven, sana hermosa, que quería a su madre entrañablemente. Dalila, su fiel criada, no había querido abandonarla, dándole con ello una prueba de adhesión y fidelidad admirables. ¿Qué más podía desear?

Ignoraba Beatriz que la dificultad absoluta es imposible en este mundo y que el Destino nos tiene preparados una serie de sinsabores y disgustos a los que no podremos sustraernos ni huir, porque están escritos en el libro de nuestra vida.

Dalila, cansada de luchar contra aquel sentimiento de repugnancia hacia su propia raza que atormentaba la vida de su adorada Piola, había decidido mandarla a una universidad del Sur de los Estados Unidos, para estudiantes de color. Tenía la esperanza de que allí, entre los suyos, acabaría por olvidarse del estigma de su nacimiento. Piola se había resistido desesperadamente en un principio.

—¿Yo con negros? No quiero, no quiero.

—No tienes que avergonzarte de tu cruz — trató de convencerla la madre—, sino llevarla resignadamente. Ve con los tuyos. Cesa de machacarte la cabeza contra unos muros demasiado duros para ti. Resígnate y dile al Señor que aceptas el negro destino que te dió. Sigue mi consejo, vida mía. Hazlo por tu pobre madre, que tanto te quiere y a la que haces sufrir lo indecible...

Por su pobre madre se había resignado Piola, ingresando en aquella universidad del Sur, donde estaría entre los suyos. ¡Los suyos!

No habían transcurrido muchos días, cuando su madre recibió del director de la escuela una carta redactada en los siguientes términos:

Muy señora mía:

Espero que su hija Piola haya llegado a su casa sin novedad. Ayer, sin previo aviso, abandonó el colegio. Suponemos que lo haría con el conocimiento de usted.

Sentiríamos perder en Piola una de nuestras mejores alumnas.

De usted atentamente...

—¡Ya van cuatro días que ha desaparecido! — se lamentaba la pobre Dalila—. ¿Qué habrá sido de mi hija? ¡Hija de mi alma!

—Lo mejor será ir allá — propuso Beatriz—. Yo te acompaño, mi buena Dalila. Por nada del mundo te dejaría ir sola. Sosiégate. Las dos juntas no hemos de tardar en dar con ella.

—Esteban, te confió a mi hija — recomendó Beatriz a su amado—. Cuida de ella, llévala a paseo, al teatro, al baile. No, no digas que quieres acompañarme, es imposible. Estaremos de regreso dentro de cinco o seis días a lo sumo. Telegrafiaré en cuanto lleguemos.

—Jessi y yo seremos los mejores amigos del mundo cuando regreses — prometió Esteban resignado.

Piola al huir del colegio había ingresado de cajera en un restaurant. Allí acabaron por encontrarla, después de innumerables pesquisas. Beatriz y su madre.

El rostro de Piola se demudó al ver a las dos mujeres avanzando hacia ella.

—¡Hija mía, hija mía! — gritó Dalila, al verla, corriendo a abrazarla—. Piola, mi vida, anduvimos buscándote la señorita y yo por toda la población; desconfiábamos ya de encontrarte... La Providencia ha guiado nuestros pasos.

—¿Me habla usted a mí? Yo no me llamo Piola — repuso ésta imperturbable.

—Corazón, tú no necesitas trabajar aquí ni en ninguna parte — continuó Dalila, que apenas había oído la interrupción de su hija.

—Estoy segura que me ha tomado por otra, señora — recalcó Piola haciendo un ademán de extrañeza.

—Piola, hija mía, ¿vas a negar a tu madre?—suplicó Dalila en el colmo del estupor, sin atreverse a dar crédito a sus oídos. ¡Lo que acababa de oír era tan enorme, tan inverosímil!

—Esta mujer está trastornada. ¿Acaso me parezco a ella? — continuó Piola, sin perder su sangre fría, dirigiéndose a los oyentes.

—¡Piola, Piola!, ¿qué dices? ¿Cómo te atreves a hablar de esta manera?

—¿Cómo puedo ser su hija? La pobre está loca.

Beatriz asqueada intervino para reprocharle, pero ante el

cinismo de Piola, que adoptó una actitud desafiadora, comprendió que todo sería inútil, y que lo único que podía hacer era tratar de alejar a la infeliz madre, que parecía completamente anonadada.

Piola regresó a la casa de Beatriz, pero no fué para pedir perdón a la madre por el público agravio que le había tan cruelmente inferido, sino para decirle que había ido allí para romper para siempre con ella, con su madre, con aquel pobre ser noble y abnegado que iba prodigando ternura por doquier y que se había hecho acreedora al cariño de todos. Aquella aberración de Piola, aquel odio inicuo, hacia su propia raza estaba a punto de convertirla en un monstruo.

—No quiero ni que me hables, si por desgracia llegáramos a encontrarnos. No intentes desobedecerme, porque seguiré fingiendo que no te conozco. Quiero romper para siempre todo vínculo contigo. Hay algo peor que ser negra. ¡Es mucho más cruel parecer blanca y no serlo!

—No es posible robarme lo que es alma de mi alma y sangre de mi sangre — suplicó la pobre Dalila desesperada—. Hay lazos que no pueden romperse...

—Es cruel... pero es irremediable — repuso Piola inflexible—. Y como Beatriz interviniera indignada para reprocharle:

—¿No ves que estás matando a tu madre? Ella terminó:

—Lo siento, pero... ¡o ella o yo!

—No llores Dalila — suplicó Beatriz intentando consolar inútilmente a la pobre negra cuando su hija hubo partido—. Ella volverá a ti; pronto los desengaños y el remordimiento te la devolverán.

—Si algo semejante pasara entre mi hija y yo, no lo resistiría — pensó Beatriz.

—¡Te he echado tanto de menos, mamá — le dijo Jessie—. Y eso que Esteban ha sido muy bueno conmigo, llevándome a todas partes: cabarets, teatros, exposiciones, al parque zoológico. ¡Qué hombre tan admirable! Y qué simpático... Si te dijera, mamá, que siento volver al colegio. No me interesa ser una marisabidilla.

—¡Hum!, esto me huele a idilio — insinuó la madre—. Tal vez algún jugador de fútbol.

No había idilio ni jugador de fútbol, pero sí algo mucho

más grave. La dulce Jessie se hallaba en esa edad en que las mujeres están dispuestas a enamorarse del primer hombre que se interpone en su camino. Ella había conocido y tratado a jóvenes de la universidad vecina, en su colegio; había bailado con ellos y hasta había flirteado un poquito. Pero estaba acostumbrada a considerarlos como camaradas, y además eran todos ellos tan jóvenes como Jessi misma. Esteban, en cambio, era *todo un hombre*, en la plenitud de su vida. Guapo, fuerte, culto, simpatiquísimo... y maduro.

Jessi se había sentido atraído hacia Esteban desde el primer momento. Aquellos días de ausencia de su madre, durante los cuales Esteban no se había separado de ella ni un momento, abrumándola de atenciones y galanterías, hicieron el resto. Al regreso de Beatriz, Jessi se pasaba las noches soñando dormida en Esteban y los días soñando despierta en el mismo hombre.

Beatriz no sospechó nada al principio. Sólo supo ver en el entusiasmo de la joven, que su amado Esteban había ganado la batalla. Por otra parte, Esteban seguía más enamorado de ella que nunca. Beatriz era la gran pasión de su vida, la mujer elegida de su corazón, con la cual iba a casarse dentro de poco tiempo, y a cuyo lado encontraría la felicidad apetecida. Jessi, para él, no era más que una chiquilla encantadora, con la que había salido aquellos días, sólo por complacer a la madre, procurando al mismo tiempo ganarse la voluntad de la joven, a fin de poder precipitar los acontecimientos, es decir, predisponer el ánimo de Jessi en su favor, de manera que a su regreso, Beatriz pudiera hacerle partícipe de sus proyectos sin exponerse a una repulsa. Entonces sólo les faltaría ir en busca de la licencia de matrimonio y después... Después se irían de viaje los dos solitos en su hermoso yatch a esconder su idilio a los ojos de todos, hasta de su propia hija, que no tardaría en consolarle de la pérdida de su madre en brazos de algún joven de su edad.

Precisamente el día de la llegada de Beatriz, Esteban había dado cita a la joven en su yatch. Quería enseñarle su acuario, y la admirable colección de peces raros que éste contenía. Un momento antes había estado hablando por teléfono con su madre, que acababa de anunciarle su llegada.

—Qué felicidad oírte, Beatriz querida. Si supieras cuánto

te he echado de menos estos días. Me parece que hace un año que no te veo. Iré a tu casa dentro de media hora.

—Te felicito por tu éxito con Jessi — dijo Beatriz. Cuenta y no acaba de tu amabilidad con ella, de tu galantería.

—Es una criatura deliciosa. Nos hemos entendido perfectamente... Ansío verte... Adiós, adiós.

En aquel momento entraba Jessi.

—Ahí está la trasnochadora. ¡Ni pensaba que se levantara hoy!

—Me acosté con el alba, pero no pude dormir. No sé por qué sería.

—Remordimientos — contestó Esteban sonriendo.

—Pronto llegará la hora de los remordimientos... Mamá acaba de regresar.

—Lo sé. Estaba hablando con ella por teléfono cuando entró usted. Voy por allá en cuanto termine con "Horacio".

Y ante el gesto de asombro de la joven, explicó:

—Es un cangrejo que tengo en observación.

Jessi había ido a visitar el acuario con el pretexto de ver las especies de los peces que poseía Esteban, en realidad, para ver a su amado y estar a su lado, escuchar su voz querida, tenerlo cerca...

—¿Sabe usted que pienso dejar el colegio? — le dijo de pronto—. Deseo quedarme aquí. No quiero aprender más. Sé un poquito de todo y no deseo convertirme en una marisabidilla. ¿Qué piensa usted de mí, Esteban?

—Que es usted una chiquilla divina — repuso éste galantemente.

—Eso de chiquilla me ofende.

—Para mí será usted siempre una chiquilla. Piense que pronto cumpliré los cuarenta. Casi podría ser su padre.

—¡Los cuarenta! La edad ideal para los hombres.

—Qué ha de ser — protestó Esteban—. Quiere usted ser misericordiosa conmigo.

—No, señor — protestó Jessi con calor—. Para mí es la edad ideal de los hombres. Siempre he dicho lo mismo — afirmó. Y señalando unos peces del acuario—: ¡Qué tenazas tienen éstos!

—Son machos — aclaró Esteban.

—¡Pobrecitos! ¿Por qué no los pone con las hembras?

—¿Quiere usted saberlo, niña curiosa? Pues porque se despedazarían entre ellos, ni más ni menos.

—¡Qué románticos!

—¡Oh, sí, qué románticos! — corroboró Esteban—. Sus amores duran aún menos que los humanos.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Esteban? ¿Menos que los humanos? Para mí el verdadero amor es eterno. Cuando una mujer ama como yo, es para siempre.

—¡Hola, hola! ¿De modo que, cuando una mujer ama como yo?... ¿Conque está usted enamorada y no me lo había dicho, picarona? — reprochó Esteban—. ¿Y quién es el galán? Es decir, si puedo saberlo.

Jessi se quedó unos momentos indeciso, mirándole con sus grandes y hermosos ojos interrogadores... y luego:

—Esteban — murmuró más que dijo, con expresión grave y reconcentrada—. Esteban... es usted a quien amo.

—No diga niñerías — interrumpió éste, intentando echarlo a broma—. ¿Qué burlas son esas?

—No son bromas ni niñerías — repuso Jessi vivamente—. No se burle usted de mí. Es verdad que le amo; hablo con todo el corazón. Si supiera usted lo que he gozado estos días, lo que he disfrutado a su lado, soñando despierta. No sé cómo ha sucedido eso. Creo que me enamoré de usted la primera vez que le vi. ¡Es usted tan distinto de los demás hombres que he conocido! No sé, no sé explicarme. Soy una chiquilla, ya lo veo. Usted se burlará de mí, pero no he podido evitarlo. No debí decirle nada, pero ha sido algo más fuerte que mi voluntad. Las palabras me han venido a los labios sin darme cuenta.

—Pero Jessi, Jessi — fué lo único que acertó a balbucear Esteban aterrado al ver la magnitud de aquel amor que se expresaba con tanta ingenuidad y violencia.

—Desempeñó usted muy bien su papel de niño — dijo Jessi sonriendo—. Olvide usted lo que acabo de decirle. Comprendo que no le ha hecho a usted mucha gracia... Hágase cargo de que no le he dicho nada... y vámonos a casa.

Salieron juntos y por el camino no acertaron a decirse palabra, absortos como estaban cada uno en sus pensamientos.

Jessi iba mordiéndose los labios para no llorar, ¡tan intensa era la pena que sentía y que pugnaba por manifestarse!

La reacción de Esteban había sido tan distinta de lo que se imaginara, que ahora, pasado el primer momento de inconsciencia, se sentía avergonzada hasta el punto de no atreverse a mirarlo a la cara, mucho menos decirle una sola palabra.

¿Qué pensaría de ella? Seguramente que era una chiquilla caprichosa y mal educada, ni por un momento se le ocurriría pensar que al declararle su amor de aquella manera tan espontánea como irreflexiva había obrado cediendo a impulsos de un sentimiento más fuerte que su voluntad misma. Aquel rasgo de espontaneidad habría de costarle muchas lágrimas.

—¿Vinieron ustedes juntos? — preguntó Beatriz al verlos llegar.

—Subí al laboratorio de Esteban a ver los cangrejos — explicó Jessi—. ¿Sabes, mamá? He progresado mucho en ictiología...

—No diga usted nada de eso a mi madre — suplicó, aprovechando un momento en que ésta había salido para ir a atender a Dalila, que se hallaba enferma.

Esteban bajó los ojos sin responder. ¿Qué habría podido decirle? Aquella declaración ingenua y sincera le había conmovido y turbado profundamente. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué actitud adoptaría Beatriz al enterarse? Esteban empezaba a temblar por su felicidad. Sabía el cariño entrañable que Beatriz sentía por su hija, y no dudaba que llegado el caso de tener que escoger entre él y Jessi se decidiría por esta última. ¿Iba aquella chiquilla a turbar su dicha, con su amor romántico y novelesco?

Entretanto Dalila se moría. Se moría de una de estas enfermedades incurables, contra las cuales nada pueden los recursos de la ciencia: la pasión de ánimo. Una tristeza infinita y desoladora se había apoderado de la infeliz mujer, desde el día aciago en que su hija, tras haberla repudiado públicamente, la había abandonado para irse en busca de un destino mejor del que le estaba reservado a la hija de una negra. Beatriz no abandonaba ni un instante la cabecera del lecho de la fiel criada que era para ella como una madre o como una hermana muy querida, prodigándole todos los cuidados apetecibles, pero la vida de la fiel Dalila se iba consumiendo poco a poco, agotada ya su capacidad de sufrimiento. Su preocupación constante era saber el paradero de su adorada Piola. Quería verla

antes de morir, no para decirle que la perdonaba, sino para pedirle ella perdón por haberla engendrado. La llamaba día y noche con palabras entrecortadas por los sollozos:

—Busque usted a mi hijita — suplicaba a Beatriz—; procure encontrarla. Quiero verla, quiero verla, antes de morir; es mi última voluntad y no he de poder verla realizada. Si la encuentra cuando ya me vaya, no le reproche nada. Piola no es mala... ¡Es buena...! ¡Lo malo es su destino aciago! Ampárela, por Dios, no deje que se pierda. Todavía no es más que una niña.

Beatriz, llorando amargamente, se lo prometía todo, trataba inútilmente de calmar su fiebre, enjugaba amorosamente el sudor que perlaba su frente:

—Descansa, Dalila, descansa. Ya encontraremos a tu hija. Pero no hables de morirte. Pronto te pondrás buena y te reirás de todo eso. El doctor ha dicho, que puedes curarte si pones tu voluntad en ello.

Pero todo era inútil. Dalila sabía que se moría, que se moría sin remedio, y tampoco tenía deseos de seguir viviendo. La vida sin su Piola era una carga demasiado dura para sus frágiles hombros. El cariño de Beatriz y de Jessi, no le bastaban. Se pasaba las noches llamándola en su desvarío, imaginándose a veces tenerla a su lado.

—Piola, mi Piola, ya sabía yo que vendrías. Nena, nenita mía acércate... déjame que te mire...

Y cuando despertaba de su desvarío era para abismarse en una terrible crisis de llanto.

Tenía también Dalila otra preocupación ingenua, casi infantil, que había alimentado toda su vida: Quería un entierro magnífico. Con muchas flores, con mucha gente, muchos cirios.

—No hables de eso — intentaba eludir Beatriz, traspasada de pena, cada vez que Dalila volvía obstinadamente sobre el mismo tema.

—No, señorita, no; me estoy acabando, bien lo sé, pero no me importa. Lo que quiere Dios, y yo estoy pronto.

—No hables así... ¿qué sería de mí, sin ti? — reprochaba Beatriz.

—Es usted un ángel, señorita... y se lo aprecio... Pero, volviendo a lo del entierro...

—Tendrás un entierro como no se habrá visto igual, pero antes prométeme ponerte bien — contestaba invariablemente Beatriz, intentando echarlo a broma.

—Soy protectora de todas las cofradías religiosas y caritativas... y espero que todas acudirán con gusto a mi entierro.

—¡Qué pesada te pones, Dalila, cuando empiezas con lo mismo! Si te empeñas en seguir diciendo tonterías me marchó y te dejo sola, sola con tus ideas disparatadas.

—Ojalá no llueva — exclamaba de pronto Dalila, como si no hubiera oído la interrupción de la señorita.

—Quiero ir al cielo con mucha música, y en coche de terciopelo blanco. Terciopelo de seda... y forrado de raso morado el ataúd. Quiero dejarlos boquiabiertos.

—¡Pero, Dalila, por Dios! ¿No ves que me pone enferma oírte hablar así

—El coche que sea de caballos — continuó Dalila imperturbable—. Detesto oler a gasolina.

—Todo esto lo tendrás, pero no hasta dentro de muchos años.

—Pronto y bien pronto, señorita.

—Venir a hablarme de entierros ahora... ¿No sabes? ¡Me caso! Sólo esperamos a que tú te repongas. Tu patita de conejo hizo el milagro.

—Será usted muy feliz, señorita, se lo merece, porque es usted un ángel, pero esta vez tendrá que pasarse sin su Dalila.

Y Beatriz acababa invariablemente por tener que salir precipitadamente de la habitación anegada en llanto.

La pobre Dalila no pudo alcanzar el ver a su hija antes de morir, pero sí el entierro que había tan ardientemente deseado. Beatriz se encargó de que fuera algo grande, fantástico, inolvidable, digno, en fin, de la fiel Dalila.

Piola llegó a tiempo de ver a su madre muerta, y entonces, recordando su crueldad incalificable, sus insultos, las humillaciones sin cuento a que la había sometido, sintió despertarse en ella tardíamente el amor filial, junto con una oleada de remordimientos—: ¡Yo la maté! ¡Yo la maté! — gritaba desesperadamente, haciendo pública confesión de sus culpas.

Beatriz intentó consolarla inútilmente.

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Yo la maté!

—No digas eso, ven, ven conmigo, Piola — suplicó Beatriz.

—Me consagró su vida entera y yo nunca supe agradecerlo.

Dalila dejó en aquella casa un vacío imposible de llenar. Beatriz casi enfermó del disgusto. Aquel ser abnegado sobre toda ponderación, que durante tantos años había vivido junto a ella ayudándola y alentándole se había ido para siempre. Aquel corazón de oro había dejado de pronto de latir, atormentado por un dolor sin límites. ¿Qué importaba el dolor de la piel ante el valor inapreciable de un corazón como el que había alentado en aquel cuerpo inerte? Beatriz no podía hacerse a la idea de haberla perdido, no podía comprender por qué la había dejado abandonada aquella mujer que durante quince años había permanecido a su lado, derramando sobre ella todo un tesoro de ternura y cuidados sin cuento.

Un nuevo dolor, no menos intenso, le estaba preparando el Destino. Esteban, después de algunas vacilaciones había optado por decirle a Jessi la verdad, es decir, que su madre y él estaban comprometidos para casarse. La joven no había dicho nada, pero todo su ser se sublevó ante lo que a su egoísmo de chiquilla enamorada e irreflexiva le parecía una terrible injusticia.

A los ojos de lince de la madre no pasó desapercibido el malhumor y la tristeza reconcentrada de su hija. Había empezado ya a sospechar la verdad, pero ésta le resultaba tan dolorosa, que prefirió alejarla como una pesadilla. Sólo cuando sus sospechas se convirtieron en certidumbre, su dolor no tuvo límites. ¿Por qué Dios se mostraba tan cruel con ella, arrebatándola primero a su Dalila y ahora el cariño de su hija? ¿Qué hacer?

Unas palabras de su hija la convencieron bien pronto de que era necesidad obrar, obrar sin dilaciones.

—Mamá, ¿sentirías que volviera al colegio mañana? — le preguntó un día Jessi a quemarropa.

—¡Pues claro que lo sentiría! — repuso la madre extrañada.

—Es que... quisiera pedirte algo. No te enojés... desearía ir a Suiza. Juanita Prentice también está estudiando allá...

me manda unas cartas entusiastas; dice que se divierte mucho, que aquello es muy bonito.

—¡Suiza! Jessi, por Dios, no digas que quieres alejarte tanto de mí. Hace unos días te sentías feliz ante la idea de abandonar para siempre tus estudios para quedarte a mi lado, y ahora pretender marcharte a Europa.

—¡Oh, mamá!, tú no necesitas de mi compañía y a mí me convendría un viaje, salir de los Estados Unidos, ver un poco de mundo, distraerme...

¡Distraerse! Distraerse y olvidar, esto es lo que iba a buscar Jessi en aquel viaje; alejarse de su madre, porque la idea de permanecer a su lado había llegado a hacerse insoportable. Todas estas ideas vinieron a la imaginación de Beatriz mientras repasaba las palabras pronunciadas por su hija. Quería irse a Suiza, alejarse, porque el hombre de quien se había enamorado pertenecía a otra mujer, y esta mujer era su madre, ¡su madre!

Beatriz comprendió, con gran dolor de su alma que se hacía necesario abandonar aquel dulce proyecto de contraer matrimonio con Esteban, no de una manera definitiva, pero sí por el momento. Era preciso un aplazamiento, dar tiempo al tiempo, esperar. Jessi regresaría a la Universidad después de que su madre le hubiera dado a entender que todo había terminado entre ella y Esteban. Allí, segura ya de que nadie habría de disputarle el cariño de su madre, y mucho menos Esteban Archer, no tardaría en olvidar su capricho de un día y entonces, sólo entonces, Beatriz y Esteban podrían empezar a pensar en ellos mismos.

No fué tarea fácil convencer a Esteban de la absoluta necesidad de obrar de aquella manera. Egoísta, como hombre y como enamorado, no podía comprender que Beatriz quisiera imponerle aquel tormento de la espera. ¡Esperar! Desde el día y hora en que el Destino le había colocado frente a aquella mujer excepcional, Esteban tenía el convencimiento de que la había estado esperando toda su vida, de que aquella mujer era para él, la única, la elegida, la compañera, que llegaba ¡ay! un poco tarde. Un poco tarde, en efecto, pero no demasiado, puesto que aun tenían algunos años por delante para recuperar el tiempo perdido.

Y ahora, aquel capricho infantil de niña mimada, amenazaba con robarle unos meses de felicidad, tal vez años... Esteban no podía resignarse, no quería hacerse a la idea de tener que partir solo una vez más, solo con los hombres de su yatch, y su colección de peces raros que habían quedado olvidados en aquel acuario al que había consagrado tantas horas de su vida pasada, que ahora le parecía tan absurda y falta de sentido... La soledad, que tantas veces había sido su inseparable compañera, se le haría ahora insoportable...

—Pero, Beatriz, esto no puede ser — protestó cuando ella hubo expuesto sus razones—. Ella encontrará pronto quien la haga olvidarse de mí. Tú misma lo reconoces. ¿Por qué imponernos este aplazamiento estéril?

—De momento te ama a ti. Si nos casáramos, pensaría siempre que yo, su madre, le robé la felicidad.

—Mañana regresará a la escuela y acabará por avergonzarse de haber pensado en mí — arguyó Esteban.

—Si nos casáramos ahora, no. Seguiría pensando en ti. Eludiría estar con nosotros. Llegaría a odiarnos.

—Esto es completamente absurdo.

—No lo es, Esteban, no lo es — aseguró la madre.

—Pero, Beatriz, piensa en mí, es decir, piensa en nosotros.

—Precisamente, porque piensa en nosotros al mismo tiempo que pienso en mi hija, es porque digo eso y te pido que te resignes a un aplazamiento. Si te alejas de mí ahora, Jessi se apresurará a olvidarte, tenlo por seguro. Si por el contrario, pretendes imponerte la triste realidad de ver a su madre unida al hombre que ama, o por lo menos cree amar, no olvidará nunca. Fíjate en lo que te digo: ¡No olvidará nunca! Créeme, Esteban, yo conozco el corazón femenino mejor que tú. Las mujeres tenemos una extraña psicología. Sentimos siempre cierta voluptuosidad enfermiza en cultivar nuestros dolores, agrandándolos y aun deformándolos, tal vez porque en el fondo de todo dolor hay siempre algo de placer escondido, o por lo que sea. Esto sucedería con Jessi, si ahora en lugar de oír las voces de la razón nos dejáramos arrastrar por nuestro egoísmo. Ella haría de un capricho pasajero, de un amor de chiquilla, el gran amor, y a su vez, el gran dolor de su vida... No podría perdonarnos nunca. A mí, por haberle arrebatado el amor de un hombre; a ti, por haberle arrebatado el amor

de su madre; siendo así, que ambas suposiciones estarían por completo desprovistas de fundamento. Y lo que es más horrible, lo que yo nunca podría soportar es que no vería en mí la madre, sino la rival, y esto, Esteban, ¡esto me haría desgraciada toda la vida!

—Pero yo no puedo resignarme a perderte — suplicó Esteban vencido.

—¡Es que no me pierdes! Esteban, te quiero más que a mi vida, y precisamente por eso no quiero que nadie se interponga entre nosotros, ni enturbie nuestra felicidad futura. Si tuviera que renunciar a ti para siempre, me moriría. Compádecete de mí. Intenta comprender. Emprende otro viaje y cuando ella te haya olvidado, correré hacia ti si aún me quieres, para que hagas de mí lo que quieras. Dime que aceptas, dime que aceptas y me perdonas...

¿Qué iba a hacer él, al fin, sino aceptar y perdonar? Comprendía que Beatriz había dicho su última palabra y que no lograría doblegarla. Tal vez en el fondo estuviera en lo cierto, aunque él no acertara a comprenderlo. Obedecería ahora, emprendiendo solo aquel viaje, pero a su regreso... a su regreso, nadie ni nada lograría separarles.

—¿Esteban no come aquí con nosotros? — preguntó Jessi al ver que éste no aparecía. Encontré esto oculto en el sofá; la patita de conejo de Dalila.

—La pondría allí para darme buena suerte — repuso Beatriz con lágrimas en los ojos—. Tú tenías dos años cuando la conocí. Jamás lo olvidaré. Acababa de bañarte para llevarte a la niñera: *Quielo mi pato* — gritabas—. *Quielo mi pato*. Satisfecha de haber sabido sacrificar su felicidad a la de ella,

Y Beatriz sonrió satisfecha mirando a su hija con arrobamiento en espera de un futuro dichoso, que tal vez estaba muy lejano, poniendo su amor maternal por encima de todo.

FIN

Ediciones Biblioteca Films

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DOCE HOMBRERES Y UNA MUJER	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno-L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo-A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa-A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel

Producciones extranjeras

LAS CUATRO HERMANITAS	Katharine Hepburn
CLEOPATRA	Claudette Colbert
¡LA BATALLA!	Annabella-Charles Bover
PASO A LA JUVENTUD	M. Eggert - J. Klepura
LOS MISERABLES	Florelle - Harry Baur
LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Eggerth
VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
CAPRICHIO IMPERIAL	Marlene Dietrich
NO SOY NINGUN ANGEL	Mae West
EL ULTIMO VALS DE CHOPIN	Sybil Schmitz
DICK TURPIN	Victor Mc. Laglen
ENEMIGO PUBLICO NUM 1	C. Gable - Myrna Loy
EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjoukine
TRAGICA ATRACCION	Harry Baur
¡ORO!	Brigitte Helm
BOLERO	G. Raft - C. Lombard
EL LAGO DE LAS DAMAS	Rosine Derean
LA CASA DE ROTSCCHILD	G. Arliss - L. Young
NOCHES MOSCOVITAS	Annabella - Harry Baur
EL PEQUEÑO REY	Robert Lynen
CAMPEONES OLIMPICOS	Buster Crabbe
UN SECUESTRO SENSACIONAL	D. Wiech - B. Le Roy
SU MAYOR EXITO	Martha Eggerth
¿QUE HAY NELLIE?	Paul Muni
EL BURLADOR DE FLORENCIA	Frederich March
UNA FIESTA EN HOLLYWOOD	Laurel - Hardy
UN AMOR EN ESPAÑA	Brigitte Helm
LA MUERTE DE VACACIONES	Frederich March
DIVINA	Ann Harding
CASINO DEL MAR	Cary Grant

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

32 páginas de texto: 30 céntimos cada volumen

TANGO ARGENTINO

Imperio Argentina
Asucena Maizani
Goyita Herrero
Inesita Pena
Carlos Gardel
Agustín Irusta
Irusta, Fugasot, De-
mare
Eduardo Bianco
Giliberti
Mario Visconti
De Val
Magaldi, Noda
Tania-Discépolo

FILMS SONOROS

Jeanette Mac Donald
Lillian Harvey
Marlene Dietrich
Janet Gayner
Meg Lemonnier
Carmelita Auber
Maurice Chevalier
Jean Klepura
José Mojica
Roberto Rey
Charles Farrell
Henry Garat
Mis Voz 1935
Isabelita Pradas

TIPILES

Marigueta Serrano

TENORES

Hipólito Lázaro
Miguel Fleta
Emilio Vendrell

BARITONOS

Emilio Sagi-Barba
Marcos Redondo
Eduardo Brito

BAJOS

Pablo Jorge

VEDETES DE RE- VISTA

Celia Gámes
Olvdo Rodríguez
Margarita Carbajal
Laura Pinillos

EXCENTRICOS

Blanca Negri
Ramper
Alady
Lepe

TONADILLERAS Y COUPLES

Raquel Meller
Mercedes Serós
Elvira de Amaya
Luisita Esteso
Conchita Piquer
Estrellita Castro
"La Yankee"

CANTE JONDO

La copla andalusa
Custodia Romero
"Argentinilla"
Rosarillo de Triana
Niño de Marchena
Angelillo
Lola Cabello

IOTAS

ARAGONESAS

Felisa Gale.

RUMBAS Y CAN- TOS CUBANOS

Josefina Baker
Elsie Bayrón
Alberto H. Ribera

CANCIONES

MEJICANAS

Lupe Rivas Cacho

CANCIONES AME- RICANAS Y DE JAZZ

Trini Moren
Steffi Duna y
Don Alvarado

ORQUESTAS

Orquestina Planas

CANCIONES FRIVO-
LAS (No aptas pa-
ra señoritas).
Olimpia de Córdoba

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Florelle.
VERONICA (Lla florista)	Jacqueline Francell.
VERONICA (La florista)	Franzeska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franzeska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiepara.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Eggerth.
SAGRARIO	Ramón Pereda.
QUICK MI CLOWN	Lillian Garvey.
AEROPUERTO CENTRAL	Richard Barthelmes.
DOBLE SACRIFICIO	John Barrymore.
CASADOS Y FELICES	Henry Garat.
EL PEQUEÑO GIGANTE	Edward G. Rosinbon.
TARASOVA	Earasova - J. Chuvelev.
RUMBO AL CANADA	Albert Prejeán.
QUE SEMANA	Adolphe Menjou.
ESCANDALO SROMANOS	Eddie Cantor.
SATANAS	Boris Karloff.
EL MODO DE AMAR	Maurice Chevalier.
ILUSIONES DE GRAN DAMA	Kate de Nagy.
UN CRIMEN EN LA NOCHE	Madeleine Soria.
MASCARADA	Paula Vessely.
EL ARRABAL	Wallace Beery.
DESFILÉ DE PRIMAVERA	Franzeska Gaal.
EL TREN DE LAS 8.47	Acuaviva-Alady.
MIA SERAS	Mae Clarke.
MARIA LUISA DE AUSTRIA	Paula Wessely.
PELIRROJO	Robert Lynen.
PATRICIO MIRO A UNA ESTRELLA	Antonio Vico.
GUILLERMO TELL	Conrad Veldt.
REY DE REYES	H. Warner.
FURANDOT	Kate de Nagy.
IMITACION A LA VIDA	Cl. Colbert.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado
Franqueo gratis.

PRECIO
ACTUAL 1. -- Pts.